

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 8 DE FEBRERO DE 1931

NUM. 6



DAVID, SALMISTA

David compuso muchos salmos, entre ellos uno que expresa el más profundo arrepentimiento, para consuelo de todo pecador afligido por el sentimiento del pecado; he aquí algunos versículos:

«Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades, borra mis rebeliones. Lá-

vame más y más de mi maldad, y límpia-me de mi pecado: Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. A ti, a tí solo he pecado y hecho lo malo delante de tus ojos; confiéso-lo, porque seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva

un espíritu recto dentro de mí.—(Salmo 51, 1-4, 10.)



LEYENDA ARABE

Los árabes conservan una leyenda, de la cual podemos utilizar una provechosa lección.

Una vez un molinero, a poco de haberse echado para dormir la siesta, fué despertado por el hocico de un camello, que asomó por la entreabierta puerta de su casa.

—Hace mucho frío afuera—dijo el camello—solamente deseo me dejes tener la nariz resguardada aquí dentro.

El molinero era hombre complaciente, y así dejó que metiese libremente su nariz.

—El viento es muy fuerte—dijo gimiendo el camello—te suplico me dejes meter mi cuello.

A esta súplica también accedió el molinero, y al instante tuvo dentro el cuello del animal.

—¡Con qué fuerza empieza a llover! Me voy a mojar todito. ¿Me dejas poner al abrigo mis hombros?

También esto le fué concedido, y así el camello continuó pidiendo poco a poco, hasta que hubo metido todo su cuerpo dentro de la casa.

El molinero no tardó en verse incomodado del rudo compañero que había admitido en su cuarto, y cuando cesó de llover, le rogó cortésmente que se fuera.

—Si yo no te gusto, puedes salirte—contestó insolentemente el animal—en cuanto a mí, yo sé cuándo estoy bien, y me quedo donde estoy.

Esta fábula es muy instructiva. Creemos que los árabes habrán sabido aprovecharse de ella, y nosotros también, por nuestra parte, trataremos de utilizarla.

Hay un camello que llama al corazón de todos, tanto de los ancianos como de los jóvenes, solicitando la entrada: su nombre es el pecado. Viene silenciosa y astutamente, y dice llamando: «Déjame entrar.»

Pide al principio una pequeña parte: de este modo introduce la nariz, y no tarda en ir ganando poco a poco la entera posesión.

Eso pasó con Achán, del cual leemos en el libro de Josué en tiempos antiguos (capítulo 7), que al excusarse de su robo, dijo: «Vi..., codicié..., tomé..., y lo escondí. Así iba paso a paso hasta que se vió preso del diablo, el cual, una vez tomado posesión, el amo llega pronto a convertirse en tirano.

Mas para consuelo nuestro debemos acordarnos que hay un Preservador y Libertador, a saber, Jesucristo. El vino para destruir la obra del diablo, y quiere que cuando nos veamos tentados fijemos nuestras miradas en El, y de este modo nos dará poder para resistir los primeros arrebatos del mal.



DEL ANONIMO

«Soy un papel despreciable
que sólo a la maldad sirvo,
y ostento mis caracteres
con sangre y veneno escritos.

Del insulto me alimento
y de la calumnia vivo,
y es tanta mi cobardía,
y tan grande mi cinismo,

y mi intención tan perversa
y mis fines tan dañinos,
que no hay para mí hombre honrado,
ni nombre bien adquirido,
ni fortuna bien ganada,
ni acción sana ni honor limpio.

Infame depositario
de todo cuanto hay de indigno,
yo no alimento ideales,
ni reconozco principios,
ni con bienestar ajeno
ni ajena dicha transijo.

Yo me revuelvo en el fango,
que él es el funesto amigo
del que todas mis malvadas
inspiraciones recibo;
yo, como el reptil inmundo,
sólo ponzoña vomito
y me place la discordia,
y hallo en el mal regocijo,
y ora al militar injurio
o al sacerdote mancillo,
y censuro al hombre humilde
y a todo el mundo hago blanco
de mi proceder inicuo.

Yo, con el fin censurable
de armar polvoreda y cisco,
en todas partes me lanzo
y me encuentro en todos sitios
donde pretendo hacer mal,
donde hacer daño consigo.

Me solicita el innoble,
de mí se ampara el mezquino,
todo el que tiene por norma
la prostitución y el vicio,
todo el que huye de la luz
como del mayor peligro.

Para las conciencias sanas
soy un malvado, un maldito,
y a veces sobre mí pesa
tanto su fallo justísimo,
que sin poder remediarlo,
me avergüenzo de mí mismo.»

HACERSE HOMBRE

Pues, señor, y va de cuento, esta era una viuda muy pobre, que se llamaba Adelina.

Tenía tan solo un hijo.

La señora Adelina hilaba y tejía desde la mañana temprano hasta la noche, muy tarde, para procurar el sustento necesario para sí y su hijo Diego. Entre tanto éste se tumbaba a la bartola junto a la lumbre dándose una buena vida.

Un día, entró en la casita un caminante cansadísimo de tanto andar y con un hambre devoradora. Pidió que le dieran algo de comer.

Mientras la señora Adelina le preparaba unas sopas de ajo, el hombre, al mirar por la habitación, divisó a Diego tumbado y sin hacer nada.

—Qué lástima, que le vaya a ir tan mal a un muchacho tan guapo y tan buen mozo!—dijo moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Ay, mi madre!—exclamó la señora Adelina toda asustada—¿Qué es lo que le pasa a mi hijo? ¡Yo, que le creí tan sano y bueno!

—No sé lo que le pasará—respondió el forastero—pero no debe andar muy bien un muchacho tan alto y tan guapo cuando se pasa el día tendido y no hace nada de provecho

—Jamás he oído cosa semejante—exclamó la señora Adelina.—Diego es lo único que tengo en el mundo. ¿Por qué no ha de estar tumbado a sus anchas? Tiempo le sobraré en el mundo para trabajar cuando lo necesite.

—Pues yo no le dejaría estar de esa

manera si fuera hijo mío.—respondió el forastero.—Nunca llegará de ese modo a ser un hombre. Que eso necesita aprenderse ya de niño y saliendo fuera de casa. Pero usted haga lo que bien le parezca que al fin y al cabo no es cosa que me inrese a mi poco ni mucho.

La señora Adelina no podía entender lo que el hombre estaba diciendo. Hasta se puso de mal humor. Y del forastero decía:

—Vaya unas entrañas más duras que tienen algunas personas.

Diego, por su parte, no abrió su boca mientras el forastero permaneció con ellos, pero apenas había este tomado el portante, cuando el muchacho se levantó.

—¡Madre!—dijo—¡madre!

—¿Qué quieres, hijo mío?—preguntó la señora Adelina.

—Oye, y ¿si fuese verdad lo que dice, si fuese verdad que para llegar a ser hombre hay que ir a ver mundo y aprender a serlo?

—No hagas caso—respondió la señora Adelina—no te preocupes Diego de tales cosas, que uno se hace hombre cuando crece y llega a tener más edad.

—Pero, y ¿si tuviese razón, si uno tuviera que poner también algo de su parte para hacerse hombre?—volvió a insistir Diego pensativo.

La señora Adelina no acababa de comprender de donde le venían ahora a su hijo pensamientos tan peregrinos, a él que antes había sido siempre tan listo y tan formalito.

Pero Diego no cedía.

Le habían metido miedo las palabras del forastero y él quería hacerse hombre cuanto antes.

—Bueno, hijo mío, no me marees más—dijo por último la madre—iré a hablar con nuestro vecino de enfrente, el labrador, a ver si te quiere tomar a su servicio ya que te empeñas en salir de casa para ir aprendiendo a ser hombre.

Así pues la madre cruzó a la casa de enfrente y allí habló con el aldeano. Preguntó que si podría tomar a Diego a su servicio ya que este se empeñaba en salir a ver para aprender a ser un hombre. Acaso le podría mandar a la cocina a partir astillas y llevar el agua y hacer otras cosas por el estilo.

—¿No sería mejor—interrogó el aldeano—que viniera conmigo al campo y al prado y se enseñase a ser hombre de una vez?

—Pero, ¿qué dice?—repuso la señora Adelina sobresaltada—¡de eso, ni hablar! Usted sabe muy bien lo pequeño que es mi niño, para estar todo el día al sol, cogería una insolación y adiós; quíá, no señor, para ir al campo, no sale de casa mi hijo.

El labrador se encogió de hombros y así Diego comenzó a partir astillas y llevar cubos de agua.

El primer día se clavó una espina. Le produjo algunos dolores y al llegar a casa su madre se deshizo en lamentos. Le bañó el dedo en manzanilla, le puso una cataplasma de azafrán y no le dejó volver al trabajo hasta que el dedo había sanado por completo.

Cuando volvió a empezar con su faena no le duró mucho, pues comenzó a llover y Diego se mojaba los pies cuando iba a la fuente por agua.

(Continuará).